«La *Oración tercera*, pronunciada en el año 1701, es como un apéndice práctico de las dos anteriores*, basada en este argumento: *A literaria societate omnem malam fraudem abesse oportere, si vos vera non simulata, solida non vana, eruditione ornari studeatis*. Y demuestra que en la república literaria se necesita vivir con justicia y se condenan los críticos complacientes, que exigen con iniquidad los tributos de este erario, también los obstinados de las sectas, que impiden acrecentarse el erario, y los impostores, que defraudan sus contribuciones al erario de las letras.»

(G. Vico, «*AUTOBIOGRAFIA*», 1725)

Trad. J.M.S.F.

[*Traducciones en castellano de la *Oración I* en *Cuadernos sobre Vico*, vol. 2, 1992, pp. 253-259; y de la *Oración II* en el vol. 3, 1993, pp. 211-218.]

ORACION TERCERA PRONUNCIADA EL 18 DE OCTUBRE DE 1701

G. Vico

Que toda perfidia debe mantenerse al margen de la comunidad de las letras, si deseamos estar adornados de una erudición verdadera y no simulada, sólida y no vana.

De entre tantos y tan grandes beneficios de Dios Optimo Máximo, cuantos son las cosas extraídas desde la nada tenebrosa a esta luz del mundo, y desplegadas, a cada uno de vosotros que correctamente los medite consigo en su pensamiento le parecerá que ningún don, sin duda, ha dimanado de su infinita bondad más espléndido ni magnífico que el libre albedrío concedido y otorgado a la mente humana. Y es realmente grandioso, y majestuoso en verdad, el hecho de que, sirviendo esclavizadas todas las restantes cosas creadas a la naturaleza propia de cada una, tan sólo el hombre ejerza verdaderamente el poder sobre la suya. En efecto, la tierra permanece eternamente estable, equilibrada por los pesos que le son propios, y en ninguna ocasión titubea o vacila; la mar es agitada en forma ininterrumpida por la marea, y jamás desborda los límites por los que se ve constreñida; soporta el sol de consuno sus cotidianos y anuales esfuerzos, y no se desvía un ápice ni cesa un instante; el año reverdece a su debido tiempo, y a su debido tiempo fructifica; y no se reviste el león de un carácter pusilánime, o la liebre de redaños, o se despojan los tigres de su natural indómito, o del suyo manso los bueyes. Tan sólo el hombre es lo que quiere; se torna en lo que le agrada; hace lo que le place. Por consiguiente, tan pronto como apareció Adán, prístina cabeza del género humano, modelada por Dios del admirable barro alfarero de Damasco, creo por mi parte que este universo de cosas que se denomina mundo, si tuviese facultad sensitiva, al advertir que todas las cosas creadas son esclavas de la naturaleza, repararía, en cambio, en el hombre como rector y árbitro de sí mismo, habiendo reconocido en él con seguridad, por esta libertad natural, si no ya a su señor, a casi su señor. Mas ¡ojalá Dios inmortal hubiese creado a la humana naturaleza esclava de sí del mismo modo que las restantes! Pues, impedido su albedrío, en línea recta propendería el hombre al correcto uso de la razón para el que había sido creado, con mayor regularidad de lo que el Sol y los astros recorren sus cursos; se mantendría en una constante vital con más estabilidad que la tierra en sí misma; más religiosamente se vería comprendido dentro de los límites del derecho divino y

humano que el Océano dentro de sus costas; produciría el fruto, conveniente y adecuado a cada edad, de la virtud, y de joven daría ejemplos de templanza, siendo hombre de fortaleza moral, ya de anciano de prudencia, y constantemente, a lo largo de toda su vida, de justicia; y nunca por placer se despojaría de su índole humana y, como si de una pócima de Circe se tratase, se transformaría en un animal irracional proclive a la ciega pasión. En efecto, la libre elección del espíritu humano es la materia de que todo mal se forja: de ella proceden toda la ruina, todas las calamidades y cualesquiera plagas por las que el género humano es azotado. Y, efectivamente, abusando de su libertad de arbitrio, el hombre convierte en nocivas todas las cosas que son, por su propio natural, inocuas: izó sobre su cabeza ingentes cúmulos de piedras, de lo que poder cosechar ruinas; osó aventurarse a la mar, donde poder naufragar; empuñó con fuerza la espada, para infligirse heridas; previene el hambre con los estimulantes del apetito; con el vino se apresta el sueño; con una deliciosa variedad de alimentos anticipa sus funerales; y de todas partes escarba motivos para vejar y pervertir su propia naturaleza.

Con todo, estas cosas son más tolerables que el hecho de que haya quienes hagan mal uso de los estudios de las letras, cuyo uso específico es subsanar estos daños propios de un arbitrio depravado; y conviertan el alimento y deleite de los espíritus en perniciosos y desagradables venenos: y de las mismas cosas que contribuyen, singularmente o en gran número, a restaurar el sosiego del espíritu y moderar perfectísimamente las conductas, colectan motivos de preocupación; y con su malvada condición las quebrantan, como por medio de alguna infección. Son hombres éstos, bien fingidamente eruditos, bien, para decirlo con Epicteto, dotados de una vana erudición: aquéllos porque quieren ser reputados eruditos y, no obstante, no lo son; éstos porque son, efectivamente, eruditos, pero no acomodaron toda su erudición a la sabiduría y la modestia de espíritu y a su condición humana, sino a una huera familia insignificante. Así pues, para que vosotros, adolescentes de mi mejor esperanza, que volcáis vuestros esfuerzos en ser acogidos entre los hombres verdaderamente cultos y sabios, evitéis ambos especímenes, es preciso que, en el día de hoy, hagáis una solemne promesa en estos términos:

Que, en la medida de vuestras fuerzas, toda perfidia se mantendrá al margen de la comunidad de las letras. Lo cual es el encabezamiento argumental de lo que se va a decir: atended, por vuestra fe.

Indudablemente, enorme y muy poderosa es aquella fuerza, ínsita en los espíritus de los hombres, que asocia y vincula el uno al otro, en modo tal que no existe absolutamente nadie tan vil, tan criminal, tan impío, que no conserve y abrigue, aun entre las depravadas pasiones, alguna partícula de justicia para preservar la sociedad, como una vivaz pavesa bajo la extinta ceniza: sean testigos de este hecho los que no pueden serlo en cualquier otra causa, los piratas y ladrones, quienes, por alguna suerte de sentimiento religioso, observan leyes precisas de su execrable sociedad, relativas a afrontar proporcionalmente los peligros comunes, prestarse auxilio recíprocamente en los momentos críticos y repartirse entre sí el botín de buena fe. Considerad, en cambio, las leyes acerca de este asunto y, a la vista de su ejemplo, juzgad cuán religiosamente observan y acatan los derechos de aquella sociedad esos hombres que han arribado a la comunidad de las letras y, o bien simulan su erudición, o bien cultivan una erudición vana.

En lo que hace al socio, es ley que éste aporte a la comunidad, sea un objeto material, sea su actividad. Por tanto, del mismo modo en que asocia a los hombres la razón, a las naciones

su lengua, el estado a los ciudadanos, su *nomen* a los miembros de una *gens*, la sangre a los parientes consanguíneos y el comercio lucrativo a los mercaderes, así es preciso que aúne su labor erudita a los que cultivan las artes liberales y a los filósofos la investigación de la naturaleza.

¿Esta ley observa en verdad, o más bien la infringe el filólogo que no confiere nada de lo propio a este caudal común y que con diente digno de Teón desgarrar y lacera lo ajeno? ¿Y que no cuente a Virgilio en el elenco de poetas épicos, porque el muy crítico Longino equiparó, sin duda, a Cicerón con Demóstenes y no así a Virgilio con Homero? ¿Que, con Asinio, veje a Cicerón, boca, médula, corazoncito de la elocuencia, como asténico y debilitado, y como ridículo con Catón? ¿Que diga que los dioses de Plauto se comportan como parásitos y que los esclavos de Terencio filosofan; que, con Calígula, tache a Livio de verboso; que reprenda en Salustio, con el mismo Polión, el afectado arcaísmo de sus vocablos; que censure, por pretencioso y rebuscado hasta la náusea, el estilo de Ovidio; que deteste la pomposidad de Lucano; que exponga públicamente a Marcial como a un bufón, digno de ser objeto de mofa según el *trivium*? ¿Esta ley observa, o más bien infringe el filósofo que nada de lo propio aporta a la comunidad y quebranta lo genuino en lo ajeno? ¿Y que falsamente inculpe a Platón de autor de cuentos de viejas; y acuse a Zenón de vano augur de maravillas, pomposo, soberbio y lleno de petulancia; y diga que Demócrito y Epicuro eran hombres carnales; y llame a Descartes «poetastro» de la naturaleza; y todas las infamias a las que prestan oídos

los necios, estúpidos, insensatos, tontos, latosos, majaderos, bocazas

las acumule sobre Aristóteles con la mayor desvergüenza? ¿Observa esta ley, o más bien la infringe el médico que nada de lo suyo aporta a la comunidad, y que haga pedazos una medicina media de los antiguos y modernos? ¿Y el intérprete del derecho que vea en Accursio a un bárbaro e ignorante en todos los asuntos; o que diga que los Cujasianos nada saben, excepto las formalidades de la legítima emancipación y del testamento *per aes et libram*? ¿Qué otra cosa es eso, sino que el socio acuda sólo al beneficio y no arrostre perjuicio alguno? Por consiguiente, adolescente de muy buen natural, suda, palidece, trabaja desvelado, escribe, afronta los riesgos; y las censuras que los hombres inicuos profieren sobre otros, óyelas igualmente sobre ti; afánate, esfuérzate; si te consagraste a la filología, evita los defectos de otros, no denostándolos, sino escribiendo bien; si te dedicaste a la filosofía, refuta los deslices y errores de otros, no con infamias y afrentas, sino con razones, y con los propios argumentos de las cosas.

En segundo lugar, es el natural de la sociedad requerir la buena fe. De donde los jurisconsultos nos legaron, en las causas de este tenor, aquella fórmula de *entre hombres buenos, obrar bien*; cuya fuerza y autoridad es ésta: que no importa cuál sea el deber de hecho, pese a ser una obligación de derecho. ¡Dios inmortal!, en las sociedades mercantiles el socio es ecuánime y benévolo para con el socio: ¿habrá por ventura alguien inicuo en la sociedad de los estudios? Lejos de vosotros este defecto, lejos, adolescentes: y elogiad a los autores en aquello en lo que son dignos de estima; mas, en lo que obran erróneamente, achacadlo a la humana flaqueza; y sentid conmiseración por las vicisitudes comunes a nuestra naturaleza. Así pues, adolescente de buen natural, filólogo, recreate con la gracia latina de Plauto, con la elegancia de Terencio; venera la digna majestad de Virgilio; en Cicerón maravillate, como

aquel pastor virgiliano desde su roca, ante el río torrencial de su elocuencia, que con su caudal rebosa, se desborda, inunda; absorbe la dulce fecundidad de Livio, la amarga vehemencia de Salustio; recolecta, de Ovidio, sus ricas figuras estilísticas; siente admiración por los audaces empeños de Lucano; aplaude ante las expertas máximas de Marcial. Si te dedicaste a la filosofía, oye las disertaciones de Platón acerca de la inmortalidad de las almas, de la fuerza, eterna e infatigable, de las divinas Ideas, de los *daímones*, de Dios, sumo bien, del amor depurado de lujuria; y reconocerás que, con todo derecho, mereció el apelativo de *divino*. Oye a los estoicos, cuán grave y severamente ilustran la imperturbabilidad del sabio; y con seguridad dirás que son inflexibles y fieros guardianes de la virtud. Oye a Aristóteles, con cuánta agudeza abarcó la entera facultad de disertar: a la que, hasta hoy, no se ha añadido ninguna otra cosa, salvo alguna explicación, razonamiento y algún ejemplo más provechoso; con qué talento transmite los preceptos de la oratoria y de la poética; lee enteramente aquel completísimo sistema sobre filosofía moral, y confesarás espontáneamente que es un milagro de los ingenios. Oye a Demócrito, qué cosas más verosímiles observa acerca de los principios fundamentales de las cosas, del efluvio de los átomos, de las sensaciones; y lo llamarás *faro de la naturaleza*. Oye a Descartes, qué cosas nuevas y dignas de admiración investigó sobre el movimientos de los cuerpos, las pasiones del alma, el sentido de la vista, qué meditó acerca de la *verdad primera*, cómo ha introducido el método geométrico en la doctrina física, y dirás que es un filósofo que no ha sido modelado a imitación de otros. Tú, que vas a practicar la medicina, revisa a Galeno, y aprende con qué elegancia asigna nombres a las enfermedades, con qué gran aplicación de su intelecto observa sus síntomas, con cuánta certeza emite sus diagnósticos; y reconocerás que es el más grande de los médicos. Tú, que vas a profesar la jurisprudencia, sé versado en las glosas de Accursio: y, si tras él no hubiesen sido restituidas la lengua griega y la latina, ni iluminada la historia romana, no sé si habría germinado en la jurisprudencia de nuestra patria algo más grande que Accursio. Esto es, pues, valorar buena y equitativamente, esto es obrar bien entre hombres buenos: que haya en ti *ocasión de conocer y de perdonar*.

Así pues, en primer lugar conoce; y no juzgues a nadie sin haber oído previamente a la defensa. Y aún más, como árbitro bueno y equitativo en el conocimiento de la causa, compensa aquello de lo que alguno debe responder por su propia negligencia con la diligencia mostrada en otra ocasión por la misma persona y absuélvela. ¿Y acaso no quiere también la buena fe lo siguiente: que a los mismos autores a los que tú, solo en casa, has admirado, también fuera los honres con elogios conforme a sus méritos? ¿Y no, en cambio, cubrir de besos los libros ajenos en casa, a escondidas, y a la vista de todos mantenerlos en suspenso con la nariz encorvada? ¿Es, en verdad, obrar bien el recibir con un vano aplauso al que recita, en su presencia, y fruncir la nariz cuando está ausente? La buena fe no tolera esas muecas satíricas, abomina de esas burlas por la espalda. Eres consciente de que el autor dice bien, diserta sobre verdades; guárdate de obrar de forma que, contra el parecer de tu mente, lo prives de sus merecidos logros; eres consciente de que él en algún punto se engaña, yerra, se equivoca; no lo dejes persistir en el error; y con buenas palabras, en lo posible, adviértelo de su equivocación. Los hombres atenienses maldecían con públicas execraciones a quien no hubiese indicado el camino a quien lo ignoraba, y juzgaron que actuaba contra la sociedad humana. ¿Hay por ventura alguien que permita que un amigo haga del dominio público sus libros plagados de faltas, para luego, no

estando ya a su alcance el repararlas, perseguirlo como reo a causa de su error? Y la ayuda que la naturaleza dicta que el hombre preste al hombre, ¿la negará el erudito al erudito? Debemos aprender, adolescentes de mi mejor esperanza, que podemos enseñar a otros de forma bienintencionada; y deben ser deportados a los últimos confines de la tierra (creo, por mi parte, que en esta liberalísima ciudad no circulan plagas de esta índole), deben ser deportados, digo, a los últimos confines de la tierra esos hombres que sudan y se hielan en los estudios de las letras para poder provocar miedo a otros, y no para poder servirles de ayuda, profiriendo amenazas:

*Quien me irrite llorará (mejor no probar, proclamo),
y de la ciudad entera será canto, hombre marcado.*

En tercer lugar, ¿es, en verdad, dar muestras de buena fe, obra como un hombre bueno alguien que sea tan pertinaz en su resolución que no pueda hacérsele desistir de ella por ninguna razón, por poderosa que ésta fuere?

- ¿Qué afirmas?
- Que los nervios están arraigados en el corazón.
- ¿Cómo es eso?
- Porque en este parecer casi toda la antigüedad manifiesta su consenso.
- Perfectamente bien; pero, si no te molesta, disea el cuerpo.
- ¿Y que necesidad hay de hacer eso, en un asunto del que no hay ninguno de nosotros que dude?
- A pesar de todo, si no te contraría, practica la disección; pues, como soy de natural riguroso, me ha invadido el escrúpulo acerca de ello: disea, por favor.
- No porque sea necesario, pero, para que se haga a tu gusto, sea.
- Te lo agradezco en justicia. Examina ahora las vísceras. ¿Qué ocurre? Como un supersticioso arúspice te quedas con la boca abierta y palideces ante las entrañas.
- No, en absoluto.
- Muestra, por tanto, el origen de los nervios desde el corazón. Las fibras son muy tenues, ¿sabes? Escapan a la agudeza visual. Recurre al microscopio.
- Obtendremos precisamente lo mismo.
- Recurre a él con todo.
- Temo que, con este tipo de artefactos de observación, el sentido de la vista se me deteriore.
- No hay ningún peligro: nosotros lo usamos a diario; y ningún mal se ha derivado de ello.
- Mira bien a qué me induces.
- ¿Qué dices ahora? ¿Percibes la raíz de los nervios en el corazón?
- No más que antes.
- ¿Digo la verdad? ¿No dije que los hilos eran tan tenues que frustran toda observación?
- Te oigo.
- Pero permíteme a mi vez: examina el cerebro y, puesto a un lado el microscopio, observa en la parte superior del cerebelo la glándula que llamamos pineal. ¿Has visto?
- ¿Cómo no?
- ¿Ves, más adelante, cómo unos finísimos filamentos se extienden hacia la región cervical?

Desde donde todos los nervios, a través de la médula espinal, se distribuyen al cuerpo entero.

- Lo veo también.
- ¿Y ahora, qué? ¿Verdad que la razón te abandona?
- En absoluto, pues desde niño permanece imbuida en mi mente una opinión distinta.

¿Qué es eso, por la fe de Dios y de los hombres, sino suprimir el Sol del cielo durante el día? Ahuyentad de vuestra mente, os lo ruego, esa obstinación: y revestíos de la sinceridad propia de un hombre bueno. Manteneos en alguna opinión durante tanto tiempo, cuanto no se muestre otra más verosímil: no es vergonzoso renunciar a lo aprendido, puesto que no es voluntario errar. La terquedad es por elección, el error por una debilidad natural. Y no forméis parte, por favor, de esa categoría de hombres litigiosos, a los que deleitan aquellas palabras funestas para cualquier sociedad: «Afirmas, niego; niegas, afirmo». Sed proclives al aprendizaje, os lo ruego, a lo largo de toda vuestra vida, y deleitaos más bien con las siguientes palabras: «Indudablemente afirmo; pero bien entendido que negaré, siempre que me muestres algo mejor».

Por último, la buena fe excluye todo *dolo malo*, que, si Aquilio lo definió con verdad como «hacer una cosa y simular otra», ciertamente obra con *dolo malo* el filólogo que, instruido en la lengua griega o hebrea apenas durante seis meses o, a lo sumo, un año, exclama lo siguiente, como si se hubiera criado en el Atica o en Palestina:

- ¡Oh, si supieras hebreo y conocieses la grandilocuencia de Isaías!, ¡Oh, si supieras griego y degustases las mieles de Platón!

¡Dios inmortal! Para aprender la lengua latina, procedente de la cual, un poquitín desviada y alterada, hablamos una vernácula, no basta todo un deceñio, para asimilar su belleza y su genio, y sabe Dios si alguno de nosotros lo ha conseguido enteramente. Pues, ¿quién de entre nosotros hay que advierta la patavinidad en Livio, o los galicismos en César? ¡Y nosotros, en tan escaso tiempo, sabemos lenguas distintas por completo de la de nuestra patria, y que se encuentran enteramente entre las lenguas muertas! Autores de nuestros tiempos, muy versados en las lenguas griega y latina, dicen que Homero, confrontado al modelo de Virgilio, se devalúa y pierde capacidad, y que Demóstenes, comparado con Cicerón, viene a menos y desmerece. ¡Ah!, oyentes, «transferimos nuestras culpas a las circunstancias», para decirlo con Salustio. No se devalúa Homero, no viene a menos Demóstenes: nosotros hacemos una cosa y simulamos otra. Es nuestra ignorancia de esta lengua, por la que desconocemos cuán grande es la fuerza de las palabras, cuál la elegancia de la expresión, cuál la armonía de la lengua. Mientras la lengua griega se mantenía vigente, y los romanos se desenvolvían mucho, y largo tiempo, entre los griegos, Virgilio aspiró a esta única cosa: que Roma tuviese su Homero; Cicerón se volcó por completo en ésto: que también el Lacio tuviese su Demóstenes: y nosotros, extinta enteramente la lengua griega, ¿osamos manifestar estos juicios así de Homero como de Demóstenes? Respecto a la lengua hebrea, referiré en pocas palabras el que es el juicio de los más doctos y sinceros. De ella tenemos algunos libros sagrados de las viejas Tablas: los hebreos inventaron gramáticas mil años después del nacimiento de Cristo. Pero éstas se basan, bien en las viejas versiones, bien en la autoridad de los Masoretas o en las conjeturas de los rabinos. De las viejas versiones nos queda una sola Vulgata, que ha ratificado la vetustez secular de la

Iglesia, siempre semejante a sí misma. Sobre las restantes versiones, juzgad por la más antigua de ellas. Esta es la *septuagintaviral*, elaborada bajo Ptolomeo Filadelfo, rey de Egipto, al menos doscientos cincuenta años después del regreso de la cautividad de Babilonia: época esta en la que el uso de la santa lengua debe haberse visto corrompido por la prolongada esclavitud de tantos años en Egipto, y haber decaído la elegancia de muchísimos vocablos y la pureza de las locuciones. Y es cosa suficientemente palmaria, por innumerables pasajes de los setenta intérpretes, en que vierten una sola y la misma voz de modo tan diverso, que no concuerdan de ninguna manera, ni entre sí ni en el asunto del que se trata. Suma a esto la negligencia o la ignorancia de los copistas, las artimañas para falsificar de los herejes, y finalmente los daños ocasionados por el tiempo. Los Masoretas añadieron anotaciones vocálicas en un tiempo en que la correcta pronunciación de la lengua era desconocida. El hecho de cuán poco sólidas son las conjeturas de los rabinos se revelará a todo el que advierta que ellos infieren cualquier similitud de las voces, incluso en una sola letrita, cualquier remoto origen, que narran cualesquiera absurdas historias, para fundamentar sus interpretaciones. Los léxicos, al haber sido extraídos de allí, deben adolecer de múltiples defectos. Y no digo esto para ahuyentaros de los muy preclaros y útiles estudios de este género de lenguas: Debéis esforzaros para, en la medida de lo posible, aprenderlas; y progresad hasta donde os sea posible llegar:

*Es posible avanzar hasta un cierto punto,
si no nos es dado ir más allá.*

Pero os hago la siguiente admonición: que no simulemos saber lo que, en realidad, desconocemos. Obra con dolo, y hace una cosa y simula otra, el filósofo que, sobre asuntos ignorados, propone quimeras como cosa cierta, para velar su ignorancia bajo la apariencia de conocimiento.

- ¿Qué es la antipatía?
- Cierta virtud por la que una cosa no tolera otra.
- Así Dios te quiera bien, explica, ¿en qué se encuentra depositada y ubicada esa virtud?
- Te lo diré: en cierta cualidad oculta.
- Eso precisamente te ruego, que me reveles esa cualidad oculta.

En esto refunfuña y se queda en suspenso. ¡Ah!, obra con dolo. ¿Por qué desde un principio, tras limpiarse todo afeitte, no responde sinceramente : No lo sé?

Otro me propone temas físicos para demostrar geoméricamente.

- Así lo deseo, por Hércules, pues no hay nada superior ni más vigoroso.
- Por tanto, acepta estas definiciones del cuerpo.
- Las tengo.
- Estas reglas, además, sobre el movimiento de los cuerpos.
- Hecho.
- Concédeme estos postulados.
- Tuyos son.
- Desde aquí, a partir de lo seguro e indudable, avancemos por el método geométrico, coligiendo siempre lo contiguo desde lo contiguo.
- Vé tú delante, te seguiré.

- ¿Verdad que percibes que los cuerpos proyectados se precipitan, no por la que llaman gravedad, sino por el golpe del aire, de forma tan clara y manifiesta como aquello de que todo triángulo tiene ángulos iguales a dos rectos?
- Así Dios me favorezca, no lo percibo así.
- Y, sin embargo, los postulados te obligan.
- Así es, sin duda, pues son los más verosímiles de todos.
- Y, por consiguiente, ¿por qué no convienes conmigo?
- Porque alguna regla de René Descartes sobre el movimiento podría resultar falsa.

Pero, ¿qué dije «podría», siendo así que no ha sido descubierta una sola falsa por el doctísimo Malebranche? ¿Por qué simulamos y hacemos engullir a un hombre de mente sana demostraciones geométricas que no alcanza a comprender? Un hecho similar a ése es este otro: que alguien no adolezca de ningún defecto de los ojos, y vea, y no vea luz en el Sol, cuando la mente es arrastrada hacia la verdad del mismo modo que el ojo hacia la luz. Confesemos, en fin, de una vez nuestra natural flaqueza: para ésto valen los estudios, para saber lo siguiente: o que no sabemos, o que sabemos muy poco. Presumes, filólogo, de conocer toda la vajilla, toda la vestimenta de los romanos, y de tener más conocimiento de las regiones, tribus y calles de Roma que de las de tu ciudad. ¿De qué te ufanas? No sabes nada más que un alfarero, cocinero, zapatero, viandante, pregonero romano. ¿Te jactas, filósofo, de haber averiguado los principios fundamentales y las causas de las cosas? ¿De qué te jactas? ¿De qué te vanaglorias, cuando otro de una escuela filosófica rival piensa que estás en un error?

Aprendamos, por ende, el auténtico uso de los estudios, y sepamos que la prohibida curiosidad de nuestro primer padre ha sido castigada en nosotros vedándonos el verdadero conocimiento de las cosas. En ésto distinguen las disciplinas a los doctos del vulgo. Unos y otros desconocen: pero el vulgo piensa que sabe, y el erudito sabe que ignora. Así, el sabio dice la verdad en todo si todo lo afirma con la siguiente reserva: «Afirmo, si no se me objeta algo más correcto o más verosímil». Así nunca se engañará ni engañará jamás a otros; así no profiere nunca expresión alguna propia de necios: «No lo creía así». Así pues, desterrada toda perfidia, impulsemos la sociedad de las letras, coloquemos las virtudes de los autores junto a sus logros, compensemos sus defectos con sus virtudes; aportemos algo de lo nuestro a la comunidad; y no defraudemos a nuestros socios en la recíproca cooperación; ni manifestemos haber aportado más de los que aportamos. ¿Queréis una nueva técnica para imitar las virtudes de los escritores? Amadlas. ¿Queréis un nuevo medio de evitar sus defectos? No sigáis, curiosos, sus huellas, y, si alguno os tropezáis, valoradlos buena y equitativamente. ¿Queréis llegar a ser doctísimos, al igual que muy buenos? Esforzaos en ser tales cuales queréis parecer. Y de este modo brotará en vosotros aquel fruto, el más fecundo, con mucho, de la sociedad de las letras: la modestia de espíritu, de forma que nadie piense que sabe por encima de su medida, y, desbaratada toda impostura, viva su vida franca y sinceramente.

(Trad. del latín por Francisco Navarro Gómez)

* * *